



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

# ANGEL PITOU

## CAPITULO XXVIII

Escena á trio.

Andrea comenzó á volver en sí, sin saber quien la prestaba socorros; pero instintivamente conoció que venian en su auxilio.

Procuró incorporarse, y sus manos se asieron al apoyo inesperado que se le ofrecia.

Pero el espiritu no volvió á su ser al mismo tiempo que el cuerpo, y quedó vacilante, embotado y soñoliento por algunos minutos.

Despues de haber procurado volverla á la vida fisica, Mr. de Charny trató de hacer otro tanto respecto á la vida moral; pero inútilmente.

Por último, los ojos abiertos y errantes de la condesa, se fijaron sobre él con un resto de delirio, sin reconocer al hombre que la sostenia.

Andrea arrojó un grito y le rechazó con violencia.

Durante todo este tiempo, la reina tuvo fijas sus miradas en otro punto: ella, muger, ella, cuya mision hubiera debido ser la de consolar y auxiliar á aquella otra muger, la dejaba abandonada.

Charny levantó á Andrea entre sus vigorosos brazos, á pesar de la resistencia que la condesa le oponia; y volviéndose hácia la reina que permanecia muda y pensativa,

-- Perdonad, señora, la dijo; pero sin duda ha sucedido alguna cosa extraordinaria. Mad. de Charny no padece

de estos ataques, y es la primera vez que la veo privada de conocimiento.

— Preciso es que sufra mucho, dijo la reina sin dejar de pensar en que Andrea había oído toda la conversacion.

— Sí, no hay duda que debe padecer mucho, y por lo mismo ruego á V. M. me dé su permiso para transportarla á su cuarto, pues creo tendrá necesidad de los socorros de sus doncellas.

— Haced lo que deseais, dijo la reina alargando su mano hasta una campanilla.

Pero al oír el tañido metálico, Andrea se estremeció y exclamó en medio de su delirio.

— ¡Oh Gilberto, Gilberto!

Al escuchar este nombre, la reina se estremeció á su vez, y el conde admirado dejó á la condesa sobre un sofá.

En el mismo instante se presentó un criado.

— No es nada, le dijo la reina, indicándole con la mano que volviera á marcharse.

Despues, así que se quedaron solos, la reina y Charny dirigieron su vista sobre la condesa. Andrea había vuelto á cerrar los ojos, y parecia ser presa de un nuevo ataque.

Mr. de Charny, de rodillas delante del sofá, la sostenia sobre él.

— ¡Gilberto! repitió la reina; ¿y qué nombre es ese?

— Será preciso informarnos.

— Creo que le conozco, dijo María Antonieta; creo que no es la primera vez que he oído pronunciar ese nombre á la condesa.

Pero como si se viese amenazada por aquel recuerdo de la reina, y como si esta amenaza la hubiera sorprendido en medio de sus convulsiones, Andrea abrió los ojos, levantó los brazos al cielo, y haciendo un violento esfuerzo se puso de pie.

Su primera mirada, mirada inteligente aquella vez, se dirigió sobre Mr. de Charny, á quien reconoció y á quien envolvió en una aureola de cariño.

En seguida, como si esta manifestacion involuntaria de

su pensamiento hubiese sido indigna de su alma, volvió los ojos á otro lado y vió á la reina.

Andrea se inclinó ante ella.

— ¡Oh, Dios mio! ¿qué teneis, señora? ¡me habeis asustado! ¿Vos tan fuerte, tan animosa, vos desmayaros?

— Caballero, pasan cosas tan terribles en París, que cuando los hombres tiemblan, bien se puede disimular á las mugeres que se desmayen. ¿Habeis abandonado á París? ¡Oh! habeis hecho muy bien.

— ¡Dios mio! Condesa, dijo Charny con el acento de la duda, ¿seré yo tal vez la causa de todo esto?

Andrea miró otra vez á su marido, pero nada respondió.

— Seguramente, conde, dijo la reina; ¿por qué lo poneis en duda? La señora condesa no es reina, y tiene derecho para temer por la vida de su esposo.

Charny sintió que aquella frase encubria un sentimiento de celos.

— ¡Oh! señora, la dijo; seguro estoy de que la condesa teme aun mas por su soberana que por mí.

— Pero en fin, preguntó María Antonieta; ¿como ha sido el que os hayamos hallado desmayada en ese gabinete, condesa?

— ¡Oh! señora, hé ahí una cosa que me seria imposible referiros, pues yo misma lo ignoro; pero en esta existencia de fatigas, de terror, de emociones, que arrastramos hace ya tres dias, nada hay mas natural, se me figura, que el desmayo de una muger.

— Es verdad, murmuró la reina conociendo que Andrea no queria ser sorprendida.

— Pero, vos misma, señora, teneis los ojos húmedos, repuso Andrea á su vez con esa tranquilidad inalterable que no la abandonó desde que logró hacerse dueña de su voluntad, y que era tanto mas inalterable en las circunstancias dificiles, cuanto que se conocia que era solo afectacion y que encubria sentimientos enteramente humanos.

Y esta vez, el conde creyó notar en las palabras de su muger ese acento irónico que había advertido un momento antes en las de la reina.

— Señora, dijo á Andrea con una especie de severidad, á la que se conocía que no estaba acostumbrado; no es extraño que la reina no pueda contener las lágrimas de sus ojos, pues que la reina adora á su pueblo y la sangre de su pueblo ha corrido en abundancia.

— Dios ha velado felizmente sobre la vuestra, caballero, dijo Andrea, siempre tan impasible y tan impene-trable.

— Sí, pero ahora no se trata de S. M., señora, sino de vos; volvamos, pues, á hablar de vos, si la reina lo per-mite.

María Antonieta hizo con la cabeza una señal afirmativa

— Habeis tenido miedo ¿no es verdad?

— ¿Yo?

— Habeis sufrido, no lo negueis; os ha pasado algo. ¿Y qué es lo que os ha sucedido? Yo nada sé, pero es- pero que me lo digais.

— Estais en un error, caballero.

— ¿Teneis alguna queja contra alguno?

Andrea palideció.

— No tengo que quejarme de nadie, caballero; vengo de la habitacion del rey.

— ¿Directamente?

— Directamente. S. M. puede informarse.

— Si es así, dijo María Antonieta, será la condesa quien tenga razon. El rey la ama demasiado, y sabe que por mi parte la tengo mucho cariño para haberla desa- gradado.

— Pero, dijo Charny, vos habeis pronunciado un nombre.

— ¿Un nombre?

— Sí, al volver en vos.

Andrea fijó los ojos en la reina como para llamarla en su auxilio, pero sea que la reina no la comprendiese, ó no quisiese comprenderla:

— Sí, dijo; habeis pronunciado el nombre de Gil- berto.

— ¡Gilberto! ¡he pronunciado el nombre de Gilberto!

exclamó Andrea con un acento tan lleno de asombro, que el conde se conmovió, mas por aquel grito que por el des- mayo.

— Sí, dijo; habeis pronunciado ese nombre.

— ¡De veras! repuso Andrea; es muy extraño.

Y poco á poco, lo mismo que el cielo se vuelve á oscu- recer despues del relámpago, la fisonomía de la jóven, tan violentamente alterada al oír este nombre fatal, volvió á recobrar su serenidad, y apenas algunos músculos de aquel hermoso rostro continuaron estremeciéndose impercepti- blemente, como se desvanecen en el horizonte las últimas ráfagas de la tempestad.

— ¡Gilberto! repitió, yo no sé...

— Sí, Gilberto, repitió la reina; recordad, querida An- drea.

— Pero, señora, dijo el conde á María Antonieta; si esto lo ha hecho la casualidad y ese nombre es extraño á la condesa.

— No, dijo Andrea; no me es desconocido, es el de un hombre sábio, el de un hábil médico que ha llegado de América, segun creo, y que se ha relacionado allí con Mr. de Lafayette.

— ¿Y bien? preguntó el conde.

— Y bien, repitió Andrea con la mas perfecta naturali- dad, no lo conozco personalmente, pero dicen que es un hombre muy respetable.

— Entónces, dijo la reina, ¿á qué viene esa conmocion, querida condesa?

— ¡Esta conmocion! ¿pues he estado por ventura conmovida?

— Sí, y se hubiera dicho que al pronunciar ese nom- bre de Gilberto, esperimentábais una cruel angustia.

— Es muy posible, pues hé aquí lo que ha sucedido: he encontrado en el cuarto del rey á un hombre vestido de negro; un hombre de rostro severo, que hablaba de cosas terribles, que contaba con espantosa verdad los asesinatos de Mr. de Launay y de Mr. Flesselles; me llené de horror, y me he desmayado como acabais de ver. Durante esa

pérdida de mis sentidos, he hablado tal vez, y habré pronunciado el nombre de Gilberto.

— Es muy posible, dijo Mr. Charny, evidentemente dispuesto á terminar el interrogatorio, pero en este instante os hallais tranquila, ¿no es verdad?

— Enteramente tranquila.

— Entónces voy á pedir os un favor, señor conde, dijo la reina.

— Estoy á las órdenes de V. M.

— Id á buscar á los señores de Bezenval, de Broglie, de Lambesc, y decidles que hagan acantonar sus tropas en las posiciones que ocupen actualmente. El rey decidirá mañana en el consejo qué es lo que se debe hacer.

El conde se inclinó, pero al salir fijó sus ojos en Andrea.

Aquella mirada revelaba la mas afectuosa inquietud, cosa que no pasó desapercibida para la reina.

— Condesa, dijo, ¿no volveréis conmigo á la habitacion del rey?

— No, señora, dijo Andrea.

— Y ¿por qué?

— Pido permiso á V. M. para que me deje retirar á mi cuarto: las emociones que he sufrido me hacen sentir la necesidad de un poco de reposo.

— Vamos, condesa, sed franca, dijo la reina; ¿ha habido algo entre vos y S. M.?

— Nada, señora, absolutamente nada.

— Decídmelo si hay algo; no siempre el rey hace todo cuanto puede por mis amigos.

— El rey ha estado como de costumbre lleno de bondad hácia mí; pero...

— ¡Pero vos no deseais verlo!... Indudablemente hay aquí algun misterio, conde, dijo la reina, con fingido buen humor.

Andrea dirigió á la reina una mirada tan expresiva, tan suplicante, tan llena de revelaciones, que comprendió que ya era tiempo de terminar aquella lucha.

— En efecto, condesa, dijo la reina; dejemos á Mr. de

Charny cumplir con la mision que le he encargado, y retiraos á vuestra habitacion, ó quedaos aquí, como mejor querais.

— Gracias, señora, dijo Andrea.

— No os detengais, Mr. de Charny, prosiguió María Antonieta, notando la expresion de reconocimiento que se pintaba en la fisonomía de Andrea.

El conde no advirtió esta expresion, ó no quiso advertirla; tomó la mano de su esposa y la felicitó por su restablecimiento.

Despues, inclinándose respetuosamente delante de la reina, salió de la habitacion.

Pero al salir cambió una postrera mirada con María Antonieta.

La mirada de la reina decia: « volved pronto. »

La del conde contestaba: « tan pronto como me sea posible. »

Andrea, seguia con el corazon oprimido y anhelante, todos los movimientos de su esposo.

Parecia que trataba de acelerar con sus deseos la marcha lenta que le aproximaba á la puerta, y le arrojaba fuera de allí con todo el poder de su voluntad.

Así que Charny cerró la puerta, desapareciendo tras ella, todas las fuerzas que Andrea habia llamado en su auxilio para hacer frente á la situacion, la abandonaron: su rostro palideció, sus piernas vacilaron, y cayó sobre un sillón que se hallaba á su lado, tratando de excusarse con la reina por esta falta contra la etiqueta.

La reina se acercó á la chimenea, y tomó un frasco que contenia algunas sales que hizo respirar á Andrea. Esta volvió en sí, mas bien por el poder de su voluntad que por la eficacia de los cuidados que recibia de una mano real.

En efecto, pasaba entre estas dos mugeres alguna cosa estraña; la reina parecia apreciar á Andrea; Andrea respetaba profundamente á la reina; y sin embargo, en ciertos momentos, parecian, no una reina afectuosa ni una servidora llena de adhesion, sino mas bien dos enemigas.

Como ya hemos dicho, aquella voluntad tan poderosa de Andrea, la devolvió pronto toda su energía, y se levantó, separó respetuosamente la mano de la reina, é inclinando la cabeza.

— V. M. me ha dado permiso para que me retire á mi aposento, dijo.

— Sin duda alguna, y sois dueña de hacerlo siempre que gustéis, querida condesa: la etiqueta no se ha hecho para vos; pero antes de ausentaros, ¿no teneis nada que decirme?

— ¿Yo, señora? preguntó Andrea.

— Sí, vos.

— ¿Respecto á quién?

— Respecto á ese Mr. Gilberto cuya vista os ha afectado tanto.

Andrea se estremeció; pero no hizo mas que mover la cabeza en señal de que nada tenia que decir.

— En tal caso no os quiero detener mas, querida Andrea, y sois libre de marcharos cuando gustéis.

Y la reina dió un paso para dirigirse al gabinete que comunicaba con su habitacion.

Andrea, despues de haber hecho á la reina una respetuosa reverencia, se adelantó hácia la puerta de salida.

Pero en el momento en que iba á abrirla, sonaron pasos en el corredor, y una mano se apoyó sobre el tirador esterior de la puerta.

Al mismo tiempo se oyó la voz de Luis XVI que daba órdenes á su ayuda de cámara.

— El rey, señora, dijo Andrea retirándose de repente; ¡el rey!

— ¿Y bien, el rey, dijo María Antonieta, os causa miedo?

— Señora, en nombre del cielo, dijo Andrea, os pido no ver al rey; que no me halle en frente de él por esta noche al menos! ¡me moriría de vergüenza!

— Pero, en fin, me direis...

— Todo, si V. M. lo exige; pero ocultadme.

— Entrad en mi gabinete, dijo María Antonieta, y no

salgais de él hasta que se marche el rey. No tengais cuidado, vuestra cautividad no sera larga, S. M. no permanece aqui nunca mucho tiempo.

— Gracias, señora, gracias dijo la condesa.

Y entrando en el gabinete, desapareció en el momento en que el rey, abriendo la puerta, apareció en el dintel de la habitacion.

El rey entró.

## CAPITULO XXIX

Lo que pensaba la reina en la noche del 14 al 15 de julio de 1789.

No podremos decir cuanto tiempo duró esta conferencia que debió ser larga, pues eran ya las once cuando se abrió la puerta del gabinete de la reina apareciendo Andrea, casi de rodillas, y besando la mano de María Antonieta.

Despues, la jóven enjugó sus ojos enrojecidos por las lágrimas, mientras que la reina, á su vez, entraba en su habitacion.

Andrea, como si quisiera huir de sí misma, se alejó rápidamente.

Quedóse sola la reina, y cuando una de sus doncellas entró para ayudarla á desnudarse, la encontró demudada paseándose agitadamente por su cuarto.

María Antonieta la hizo con la mano una seña que significaba: dejadme en paz.

La doncella se retiró sin decir una palabra.

Habia ya dicho antes que nadie entrase en su cuarto á menos que no llegasen noticias importantes de París.

Andrea no volvió á presentarse.

En cuanto al rey, despues de haber conversado largo rato con Mr. de la Rochefoucault, que trató de hacerle comprender la diferencia que existia entre un motin y una revolucion, dijo que se encontraba muy fatigado, se acostó y se durmió tan tranquilamente como si hubiese estado de caza.

La reina escribió algunas cartas, pasó á la habitacion

que se hallaba próxima á la suya, donde dormían sus dos hijos al cuidado de madama Tourzel, y se acostó, no para dormir como el rey, sino para reflexionar.

Pero muy pronto, y en cuanto el silencio emmudeció á Versailles, cuando el inmenso palacio quedó envuelto en sombra, cuando solo se oían en los jardines los pasos de las patrullas sobre la arena, y en los interminables corredores las culatas de los fusiles que apoyaban los centinelas con precaucion sobre el pavimento de mármol, María Antonieta, cansada del reposo, experimentando necesidad de respirar el aire libre, se arrojó de su cama, se puso unas chinelas de terciopelo, y envolviéndose en un largo peinador blanco, se asomó á la ventana para aspirar el ambiente que subía de las cascadas y para coger al paso esos consejos que formula el viento de la noche en las frentes abrasadas y en los corazones oprimidos.

Entónces recorrió con su mente todos los acontecimientos imprevistos en que tan fecundo había sido el día que acababa de pasar.

La caída de la Bastilla, de ese emblema visible del poder real, la incertidumbre de Charny, de ese amigo leal, esclavo apasionado que hacia tantos años que sufría su yugo, y que no habiendo nunca suspirado mas que amor, parecía por la vez primera suspirar dolor y remordimientos.

Con ese hábito de síntesis que da á los espíritus elevados el conocimiento de los hombres y de las cosas, María Antonieta dividió en dos secciones sus dolores, en cuyas secciones colocó, en una de ellas la desgracia política, y en otra el malestar del corazón.

La desgracia política era aquella desastrosa noticia que, habiendo salido de París á las tres de la tarde, iba á esparcirse por todo el mundo y á minar en todos los animos el respeto sacrosanto con que hasta entónces habian sido mirado los reyes.

El disgusto de su corazón, era aquella sorda resistencia de Charny á la omnipotencia de su muy querida soberana. Aquello era un arrepentimiento en que, sin dejar de ser fiel y lleno de abnegacion, el amor iba á dejar de ser ciego,

y podía empezar á discutir su fidelidad y su abnegacion. Este pensamiento oprimía de una manera cruel el corazón de la muger y le llenaba de aquella amarga hiel que se llama celos, acre veneno que ulcera á un mismo tiempo mil pequeñas heridas en un alma lacerada.

Con todo, el *disgusto* en presencia de una *desgracia* supone una inferioridad, pensando con arreglo á la sanlógica.

Así fué que mas bien por calculo que por conciencia, mas bien por necesidad que por instinto, María Antonieta dedicó primero sus pensamientos á los graves peligros de la situación política.

¿A donde dirigirá su vista? Odió y ambicion por un lado, debilidad é indiferencia por otro, teniendo por enemigos á gentes que habiendo empezado por la calumnia concluían por los motines.

Gentes que por lo tanto no retrocederian delante de ningun obstáculo.

Por defensores á hombres que la mayor parte se habian ido acostumbrando poco á poco á pasar por todo, y que por lo tanto no sentirian la profundidad de las heridas.

Hombres que no se moverian por no hacer ruido.

Era por lo tanto preciso entregar todo al olvido, aparentar acordarse y no acordarse, fingir la clemencia y no perdonar.

Esto no era digno de una reina de Francia, y sobre todo era indigno de la hija de María Teresa, de aquella muger de tanto corazón.

¡Luchar! ¡luchar! este era el consejo que la dictaba el orgullo real ultrajado; ¿pero era prudente luchar? ¿Se calman los ánimos vertiendo sangre? ¿No era terrible el nombre de la Austriaca? ¿Y seria preciso para consagrarle, como lo habian hecho Isabel y Catalina de Medicis con el suyo, consagrarle con un bautismo de destruccion y de sangre?

Además, el resultado, si habia de creer á Charny, era muy dudoso.

Luchar y ser vencida.

Estos eran, en cuanto á la parte política, los dolores de aquella reina, que en varios periodos de su meditacion sentia como se siente á una serpiente salir de las malezas en que la ha despertado nuestro pie; sentia, decimos, levantarse en medio de sus dolores de reina, la desesperacion de la muger que se cree menos amada, despues de haberlo sido mucho.

Charny habia dicho todo lo que hemos referido, no por conviccion, sino por desaliento; habia, como tantos otros, bebido en la misma copa que ella, las calumnias. Charny, que por la primera vez de su vida habia hablado con tan dulces palabras de su esposa Andrea, olvidada hasta entónces por su esposo; ¿Charny se habria acordado de que aquella muger era aun jóven y siempre hermosa? Y á esta sola idea que la devoraba como la abrasadora mordedura del áspid, María Antonieta se admiraba al reconocer que la desgracia no era nada en comparacion de aquel dolor.

Porque lo que la desgracia no pudo hacer, lo operó este sentimiento; la muger se agitaba furiosa en el sillón mismo en que la reina, inmóvil é indecisa, habia contemplado la desgracia cara á cara.

El destino de aquella criatura predilecta del dolor, se presentó todo entero en la situacion de su alma, durante aquella noche.

¿Cómo sustraerse á un mismo tiempo á aquella desgracia y á aquel dolor? se preguntaba á sí misma en medio de la mas cruel agonía; ¿sería preciso resolverse, abandonando la vida de reina, á vivir en una dichosa medianía? ¿Sería preciso volver á su verdadero Trianon, á la paz del lago y á los oscuros goces de su quinta? ¿Sería preciso dejar al pueblo que se repartiese en trozos la monarquía, reservándose únicamente algunas humildes partículas de ella, debidas á las consideraciones de unas cuantas personas fieles que se obstinarian en seguir siendo sus vasallos?

¡Ay! aquí era donde la serpiente de los celos le araba mas cruelmente su corazón.

¡Dichosa! ¿podría ser dichosa por ventura con la humillacion de un amor desdeñado?

¡Dichosa! ¿y podría ser dichosa al lado del rey, de ese esposo vulgar, al que le faltaban todas las dotes necesarias para ser un héroe?

¿Dichosa al lado de Mr. Charny, que sería feliz con cualquiera otra muger, con su esposa quizá?

Y este pensamiento escitaba en el corazón de la pobre reina, todo el fuego que abrasó el corazón de Dido, mas bien que las llamas de su hoguera.

En medio de aquel agudo é insoportable dolor, lució un relámpago de reposo; Dios, en su bondad infinita, ¿no habrá creado el mal sino para apreciar el bien?

Andrea se habia confiado á la reina, habia revelado la vergüenza de su vida á su rival; Andrea bañada en lágrimas, con la frente inclinada hácia el suelo, habia confesado á María Antonieta que no era digna del amor y del respeto de un hombre honrado; así, pues, Charny no podía amar jamás á Andrea.

Pero Charny ignoraba, Charny ignoraría siempre la catástrofe de Trianon y sus consecuencias; así es que para Charny, era como si no hubiera existido tal catástrofe.

Y sin dejar el hilo de sus reflexiones, la reina examinaba en el espejo de su conciencia su belleza espirante, su perdida alegría, la frescura de su juventud agostada.

Despues volvía á pensar en Andrea, en aquellas singulares aventuras, casi increíbles, que acababa de referirle.

Admiraba la mágica combinacion de esa ciega fortuna que sacaba del fondo de Trianon, bajo la sombra de una cabaña á un pobre jardinero para asociarlo al destino de una noble muchacha, ligada á su vez al destino de una reina.

— De manera, decía, que el átomo perdido en las mas ínfimas regiones, habrá venido bajo la caprichosa influencia de la atraccion de las superiores, á fundirse partícula de diamante, con la luz divina de la estrella?

¿Ese jardinero, ese Gilberto, no es un simbolo vivo de lo que pasa en estos instantes; un hombre del pueblo salido

de la nada de su nacimiento, para ocuparse de la política de un grand reino, singular actor que veía personificarse en sí mismo por un privilegio del genio del mal, que ponía su mano de hierro sobre la Francia, el insulto hecho á la nobleza y el ataque dirigido á la monarquía por la plebe?

¡Y ese Gilberto, que se ha hecho sábio, ese Gilberto revestido con el traje negro del estado llano, el consejero de Mr. Necker, el confidente del rey de Francia, se verá, gracias á las casualidades de la revolucion, á la altura de esa muger, cuyo honor ha robado durante aquella noche, como un ladron!

La reina, volviendo á ser muger y estremeciéndose á pesar suyo al recuerdo de la lúgubre historia referida por Andrea, se imponía como un deber contemplar frente á frente á ese Gilberto y saber por sí misma leer sobre facciones humanas lo que Dios había podido imprimir en aquel carácter singular; y á pesar del sentimiento de que hemos hablado, y que la hacía casi alegrarse de la humillacion de su rival, sentía un violento deseo de tomar venganza del hombre quietanto había hecho sufrir á una muger.

Ademas, había en ella un deseo de mirar y tal vez de admirar, con el terror que inspiran los mónstruos, á aquel hombre extraordinario que por medio de un crimen había infundido su vil sangre en la sangre mas aristocrática de Francia; á ese hombre que parecia haber evocado á la revolucion para que le abriese de par en par las puertas de la Bastilla, en la cual, sin esta revolucion hubiera aprendido á olvidar lo que no debe recordar nunca un hijo del pueblo.

Por medio de esta consecuencia, producida por el curso de sus ideas, la reina volvió á los dolores políticos y veía acumularse sobre una sola cabeza la responsabilidad de lo que había sufrido.

Así es, que el autor del tumulto popular, que acababa de dar tan rudo ataque á la autoridad real derribando la Bastilla, era Gilberto, Gilberto cuyos principios habían puesto las armas en manos de los Billot, de los Mailliard, de los Elias y los Hullin.

Gilberto era á un mismo tiempo una criatura venenosa

y terrible; venenosa, porque había perdido á Andrea como amante; terrible, porque acababa de ayudar á derribar la Bastilla como enemigo.

Era por lo tanto preciso conocerle para evitarle, ó mejor aun, conocerle para servirse de él.

Era preciso á toda costa hablar á este hombre, verle de cerca, juzgarle por sí misma.

Habian pasado las dos terceras partes de la noche; eran las tres; el alba matizaba las copas de los árboles de Versalles y las cabezas de las estátuas.

La reina había pasado toda la noche sin dormir; su vaga mirada se perdía en las calles de árboles iluminadas por una débil claridad.

Un sueño pesado y abrasador se apoderó poco á poco de aquella desventurada muger.

Y quedó recostada con la cabeza echada hácia atrás, sobre el respaldo del sillón, y próxima á la ventana que había quedado abierta.

Sonaba que se paseaba en Trianon, y que del centro de un cuadro de flores salía un gnomo en cuyo rostro se pintaba una sonrisa siniestra, como las que se pintan en las baladas alemanas, y que aquel mónstruo sardónico era Gilberto, que estendía hácia ella sus crispadas manos.

Entónces lanzó un grito.

Otro grito respondió al suyo y se despertó.

Era Mad. de Tourzel quien le había dado. Acababa de entrar en el cuarto de la reina, y viéndola desfallecida y anhelante sobre el sillón, no había podido contener un grito de dolor y de sorpresa:

— La reina está indispueta, la reina sufre, exclamó. ¿Quereis que se mande llamar á un médico?

La reina abrió los ojos.

La pregunta de Mad. Tourzel se acomodaba perfectamente con sus deseos.

— Si, necesito un médico; que venga el doctor Gilberto; mandadle llamar.

— ¿Y quién es el doctor Gilberto? preguntó Mad. de Tourzel.



— Un nuevo médico de cámara, nombrado ayer mismo, y que creo ha venido de América.

— Ya sé de quien habla S. M., se aventuró á decir una de las damas de la reina.

— Y bien, preguntó María Antonieta.

— El doctor se halla en la antecámara del rey.

— ¿Le conocéis segun eso?

— Sí, señora, contestó la dama balbuceando.

— ¿Y como es que le conocéis? Ha llegado hace ocho dias de América, y ayer mismo salió de la Bastilla.

— Le conozco...

— ¿Y de qué le conocéis? preguntó imperiosamente la reina; responded.

La dama miró al suelo.

— Vamos, ¿sabré al fin de dónde os viene ese conocimiento?

— Señora, he leído sus obras, y sus obras me han hecho desear conocer al autor; de manera que he hecho que me lo enseñen hoy por la mañana.

— ¡Ah! exclamó la reina con una indecible expresion de sarcasmo y de reserva á un mismo tiempo. Está bien, puesto que le conocéis, decidle que estoy indispuesta y que deseo verle.

La reina, entretanto que llegaba el doctor, llamó á sus doncellas, se puso una bata y se arregló el peinado.

### CAPITULO XXX

#### El médico del rey.

Algunos momentos despues del deseo formulado por la reina, Gilberto, sorprendido, algo inquieto y profundamente conmovido, pero sin que nada se manifestase en su exterior, se presentó delante de María Antonieta.

Su noble y seguro continente, la palidez del hombre de estudio y de imaginacion, en quien los trabajos mentales habian formado una segunda naturaleza, palidez realzada

aun por su negro trage; la mano delgada y blanca del operador bajo la plegada muselina, aquella pierna tan elegante, tan bien contorneada y en medio de todo eso, una mezcla de tímido respeto hácia la muger, de tranquilo atrevimiento hácia la enferma, sin que hubiese nada para la reina; tales fueron los rápidos matices que María Antonieta, con su aristocrática inteligencia, supo notar en la persona del doctor Gilberto, en el momento en que se abria la puerta de su habitacion para darle paso.

Cuanto menos agresivo estuvo Gilberto en sus maneras, mas sintió la reina acrecentarse su cólera hácia él. Habíase formado de aquel hombre un tipo odioso en su imaginacion, y casi involuntariamente se le habia representado como uno de esos héroes de impudencia, de los que veia á menudo á su alrededor.

El autor de las desgracias de Andrea, el discipulo bastardo de Rousseau, el aborto que habia llegado á ser hombre, el jardinero que habia llegado á ser filósofo y que se hacia árbitro de las almas, se lo representaba María Antonieta, á pesar suyo, bajo las formas de Mirabeau, esto es: del hombre á quien odiaba mas despues del cardenal de Rohan y de Lafayette.

Antes de ver á Gilberto habia creído que era menester un coloso material para poder contener aquella voluntad tambien colosal.

Pero cuando se halló con un hombre jóven, de formas esbeltas y elegantes, de una fisonomía dulce y afable, pensó que aquel hombre habia cometido el nuevo crimen de mentir en su interior. Gilberto, hombre del pueblo, de oscuro nacimiento, fué culpable ante los ojos de la reina de haber usurpado las maneras del noble y del hombre honrado. La orgullosa austriaca, enemiga irreconciliable de la mentira en los demas, se llenó de indignacion contra el pobre átomo que por tantos motivos le era odioso.

Para las personas que la veian á menudo y para aquellas que estaban acostumbradas á leer en sus ojos la calma ó la tempestad, hubiera sido fácil conocer que rugia en el fondo de su corazon una horrible tormenta.